

su mujer qué significaba aquello y desde cuándo la institutriz se permitía llevarse a los niños sin avisar. ¿No podía uno besar a los niños cuando quisiera? Eran de los criados; eran los criados los que ahora dirigían la casa. Valentina lloró.

—¡Dios mío!—dijo Mariana a su marido, cuando estuvieron fuera;—¡Dios mío! ¡esto es una casa de locos!

—Sí,—contestó Mateo,—son locos, y más que locos, desgraciados.

III

Algunos días más tarde, Mateo, que se había entretenido cuidando a su mujer, corría hacia el escritorio cuando encontró, atravesando el jardín, a Constanza y Mauricio, cubiertos de abrigo de pieles, que iban a dar un paseo a pie. Beauchéne, que les acompañaba hasta la verja, robusto y fuerte como de costumbre, les gritó:

—¡Hazle andar mucho! ¡Qué respire el aire libre! Únicamente así y comiendo mucho se robustecen los hombres.

Mateo se detuvo.

—¿Ha estado malo?—preguntó.

—No,—contestó alegremente Constanza, quizá para evitar ciertos temores que sentía.—Pero el médico nos ha aconsejado que lo saquemos a menudo de casa. Y hoy hace tan buen día que da gloria pasear, a pesar del frío.

—No vayáis por los muelles,—gritó Beauchéne.

—Tomad, por los Inválidos.

Cuando, ya lejos la madre y el niño, entró en

los talleres con Mateo, añadió con su seguridad imperturbable:

—Ya ve usted que ese chiquillo es fuerte como un roble; pero las mujeres son aprensivas... Por mi parte estoy tranquilo.

—Cuando no hay más que uno se le conserva.

Aquella mañana, una furiosa riña que estalló en el taller de mujeres entre Norina y Eufrasia, las dos hermanas, armó un escándalo tremendo. Norina, en cinta de seis meses, había ocultado su estado apretándose el corsé hasta ahogarse, por temor a su padre y a ser despedida del taller. Pero Eufrasia, que dormía con ella, sabía el caso y asaeteaba a la otra que temblaba a cada alusión. De continuo deploraba Norina su estupidez al haberse entregado a un hombre que la abandonaba y de estar así bajo el yugo de su hermana fea, y, como tal, mal intencionada. El escándalo que preveía, estalló aquella mañana por un motivo fútil. En la gran cuadra sólo se oía el ruido acompasado de las muelas que mordían el hierro, y algunas pulidoras, inclinadas sobre sus mesas trabajaban en silencio, cuando el rumor de una disputa les hizo levantar la cabeza. Eufrasia acusaba a Norina de haberle tomado un trozo de papel de lija.

—Te digo que lo tenía y que he visto que tú alargabas el brazo. No lo puede tener nadie sino tú.

Norina no contestaba, encogiéndose de hombros. No era verdad lo que decía su hermana. Esta se indignó al ver aquella pasividad.

—Ayer me pillaste el aceite. Eres una ladrona, ¿oyes? ¡Una ladrona!

Las demás obreras cuchichearon, acostumbradas a las peleas de las dos hermanas, que las divertían. Entonces la mayor se enfadó a su vez.

—Estás cargante, hija mía. ¿Acaso tengo yo la

culpa de que, por ser una espátula, tengas mal genio? ¿Qué quieres que haga con tu dichoso papel?

Eufrasia, que tenía conciencia de su fealdad y de su flaqueza, se puso lívida de rabia.

—¡Bah!—exclamó con voz aguda,—lo habrás tomado para frotarte la barriga; así no crecerá más.

Risas formidables acogieron la burla. Norina a su vez palideció. ¡Al fin estallaba el secreto! ¡Y era Eufrasia quien lo revelaba! No se pudo contener y le atizó un bofetón. Su hermana se lanzó sobre ella y le arañó el rostro como una gata furiosa. La batalla fué ruda. Ambas hermanas rodaron por el suelo sin soltarse y armaron tal tremolina que Beauchéne, Mateo y Morange, cuyos despachos estaban cerca, acudieron.

Las otras gritaban:

—Si es verdad que está preñada, la otra va a matar el chiquillo.

Pero la mayor parte no intervinieron, tomando a broma aquello, satisfechas de ser más listas que la desdichada, y de saber divertirse sin tener chiquillos.

—¡Que se peguen! ¡Allá ellas! ¡Ya se veía que estaba preñada... peor para ella!

Los tres hombres apartaron a las mujeres a fin de separar a las que se peleaban. Pero el combate era tan encarnizado que ni la presencia del patrón lo hizo parar. El tumulto crecía. Para dominarlo tuvo que gritar con su vozarrón de bajo:

—¡Con mil demonios! ¿Qué es eso? ¿Queréis acabar de una vez, estúpidas?

Mateo y Morange se habían abalanzado sobre las hermanas procurando separarlas, evitar los golpes. Pero fué la voz de Beauchéne, su majestad olímpica la que calmó el tumulto. Asustadas, demudadas, las obreras se sentaron de nuevo, en tanto

que Norina y Eufrasia se levantaban con el pelo desordenado, las ropas desgarradas y dominadas por tal rabia que apenas conocían a las personas que las miraban.

—¿Estáis locas?—repuso Beauchéne con su aire autoritario.—¿Se ha visto jamás lo que ocurre aquí? ¡Pelearse dos hermanas en el taller! ¿Qué os pasa?

En aquel instante Moineaud, a quien alguna alma caritativa debió de avisar penetró a la cuadra. Pero nadie le hizo caso. Eufrasia, acometida de un nuevo acceso de rabia, exclamó:

—¡Sí, me ha tomado el papel de lija! ¡Y no he mentido al decirte que te lo podías frotar por la barriga, si no quieres que crezca más!

Sonaron algunas carcajadas. Luego reinó silencio. ¡Norina preñada! Aquella revelación brusca sorprendió de tal modo a Moineaud, hizo nacer en él tal sospecha, que miró a Beauchéne. Pero éste no se conmovió poco ni mucho. A lo sumo tuvo un estremecimiento de hastío al ver que al cabo se divulgaba un hecho que un día u otro debía saberse. En tanto que Eufrasia acababa de aterrar a su hermana, tomó un aspecto muy serio y digno.

—¡Atrévete a decir que no estás preñada, cochina! ¡Atrévete! Hace ya mucho tiempo que lo sabía. ¡Y, si no, mirad eso!

Con un brusco movimiento acabó de desgarrar la blusa de trabajo que había permitido disimular su estado a Norina. El vientre de ésta apareció prepotente; aquel vientre de pobre muchacha seducida, que de buena gana hubiese aplastado con sus propios puños. Las obreras rieron de nuevo; Norina lloró.

—¡Esto es un escándalo! ¡Un escándalo intolerable!

ble! ¡Calla Eufrasia! ¡Te mando que calles! ¡Ni una palabra más!

Estas frases las dijo Beauchéne con fuerza, pero con voz mal segura. Temía que Norina hubiese revelado a su endemoniada hermana el autor del hecho y que, movida de su rabia, lo denunciara allí. Pero Norina, desconfiaba de Eufrasia y bien claro vió el patrón, en una mirada humilde de la pobre chica, que prometía sumisión si la protegían, que la harpía no estaba enterada. Recobró, pues, su tranquilidad, en tanto que Eufrasia decía con su vocecita agria y seca:

—¡No he podido contenerme, señor Beauchéne! Me pesaba el secreto y tanto peor si lo sabe padre!

El padre estaba presente y se había enterado de todo. ¿Por qué diablos le habían prevenido? Era un hombre que no gustaba de disgustarse y que comprendía, por la experiencia adquirida, que no llegaría jamás a impedir lo inevitable. Sabía que hijos e hijas acaban generalmente mal, y procuraba evitar escándalos y penas. Pero, cuando comprendió que le habían visto y que la cosa no tenía arreglo, estuvo muy digno. Se adelantó hacia Norina blandiendo el puño y exclamando:

—¿Es, pues, verdad? ¿No te defiendes? ¡Voy a matarte, desdichada!

Mateo y Morange intervinieron, deteniendo al padre, que gritó:

—¡Qué se vaya, que se vaya en seguida o cometo un crimen! ¡Y que no vuelva a poner los pies en mi casa, porque sino, la echo por la ventana!

Norina, asustada, se escapó, bajo el peso de la maldición paternal. Arregló sus cabellos y puso en orden su vestido. Después salió corriendo, en tanto que reinaba gran silencio en el taller. Beauchéne, entonces, se mostró magnánimo.

—¡Vaya, tío Moineaud, no lo tome usted tan a pecho! Es una desgracia. Claro está que Norina no puede volver al taller; pero eso no impide que continúe apreciándole como siempre.

Moineaud se conmovió.

El patrón insistió.

—¡Bah! ¡Eso no es culpa de usted! ¡Deme usted la mano!

Y Beauchéne estrechó la mano al obrero, que se marchó muy conmovido y casi llorando. Eufrasia, triunfante, permanecía silenciosamente su mesa. Las demás obreras, amenazadas con ser despedidas al menor ruido, trabajaban, atentas al movimiento de las muelas. Mateo quedó trastornado, haciendo reflexiones que a él mismo le asustaban, al ver que Beauchéne salía majestuosamente de la cuadra, satisfecho de haber puesto en orden aquel campo de Agramante. Cuando al ir a su despacho, pasó por el de Morange, quedó pasmado al notar que el jefe de escritorio se dejaba caer sobre una silla, emocionado.

—¿Qué le pasa a usted, amigo mío?

En el taller de las mujeres, durante aquella escena atroz, Morange no había pronunciado una palabra, pero su palidez, el temblor de sus manos, acusaban su emoción.

—¡Ay, amigo Froment! ¡No puede usted figurarse lo que trastornan esas escenas!

Entonces Mateo recordó la confianza de Valeria a Mariana. Sintió compasión hacia el pobre hombre, y aunque le extrañara que temiera tener un nuevo hijo, quiso consolarle.

—Sí, ya sé lo que le pasa. ¿Es ya seguro el caso?

—Sí; es cierto. Ya no tengo manera de entrar en el Crédito Nacional, aceptando de momento un empleo de corto sueldo. Henos aquí condena-

dos a la miseria eterna como dice mi pobre mujer que llora de día y de noche. Esta misma mañana la he dejado anegada en lágrimas. Por mi parte me resignaría; pero no me puedo resignar pensando en ella que tiene tanta confianza en mí, que adora el lujo y las comodidades... Además, tenemos a Reina. ¿Cómo dotarla a ella que es tan linda y digna de un príncipe? Crea usted que no sé lo que me hago ni lo que pienso. Y luego, mi mujer me asusta y me dice unas cosas que me trastornan.

Y el infeliz tan bueno y tan tierno, y sin voluntad propia, expresó con un gesto la lucha desesperada que sostenía, presa del afán de fortuna que su mujer le inculcaba.

—¡Bah! — exclamó Mateo, queriendo consolarle, — ya verá usted como todo se arregla y, como acabará por adorar al pequeñuelo.

Morange protestó, aterrorizado.

—¡No diga usted eso! ¡Valeria afirma que no lo quiere tener!

Y bajando la voz, como temiendo que alguien pudiera oírle:

—¡Estoy temiendo siempre! ¡Es capaz de cualquier locura!

Calló, temiendo haber dicho demasiado. Desde la última noche, pasada por entero discutiendo en la alcoba con su mujer, sentía horror hacia lo que él mismo ya deseaba, vencida su voluntad por la más enérgica de Valeria.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, locuras de mujer. En fin, amigo mío que tiene usted delante al hombre más desdichado del mundo. Los que machacan piedras en las carreteras, me dan envidia.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Reina

estuvo en silencio penoso. Se calmó y añadió, refiriéndose a Norina, pero sin nombrarla:

—¿Qué necesidad tenía esa chica de tener un hijo? Diríase que esto es una maldición; las que no quieren, son las que tienen. Ahora ha quedado en mitad del arroyo. Ni trabajo, ni pan, ni nadie que la ayude, y un chiquillo que crece... Estuve a punto de llorar al ver su barriga. ¡Y el patrón la echa! No hay justicia.

Mateo suspiró.

—Quizá el padre del chiquillo la socorrerá.

—¿Lo cree usted así? No quiero decir nada; no quiero mezclarme en ello. Pero, como uno tiene ojos, a veces se descubren cosas que de buena gana se preferiría ignorar... Es una mala situación. La culpa la tiene la naturaleza que ha hecho tan mal las cosas. En cuanto uno se descuida, un hijo. Y esto únicamente porque uno ha querido gozar de un placer del que no puede prescindir. Es ésta una pícara vida.

Morange, con un gesto de descorazonamiento, se enfrascó en sus cuentas, en tanto que Mateo volvía a su despacho. Por la tarde, después del almuerzo, mientras estaba haciendo el croquis de una nueva sembradora, se estremeció oyendo toser ligeramente detrás de él. Era una niña de unos doce años que debió entrar sin hacer ruido y que quizá estaba allí desde hacia rato, sin atreverse a interrumpirle.

—¿Qué quieres?

No se turbó la niña y sonrió discretamente.

—Mamá me ha dicho que le dijera a usted si quería bajar un momento.

—¿Quién eres?

—Soy Cecilia.

—¿Cecilia Moineaud?

Mateo comprendió que debía tratarse del asunto deplorable de Norina.

—¿Dónde me espera tu madre?

—En la calle, detrás de los talleres... Me ha dicho que, si no venía usted, no sé qué pasaría.

Mateo la miró. Era delgada, pálida, demasiado alta para su edad, con el rostro envejecido y resignado, mal envuelta en un vestido usado y en un pañuelo de lana. Sintió honda conmiseración. Dijo que pasara delante, y la niña tomó el corredor y la escalera, silenciosa y discreta como un hurón. En la puerta de la calle vió a otra niña, más pequeña, que podía tener ocho años a lo sumo y que cruzó con Cecilia una mirada de inteligencia.

—¿Quién es esa niña?

—Es Irma.

—¿Y por qué no ha subido?

—Para ver si nos espiaban. ¡Oh! ya conocemos bien la fundición; no nos perderemos en ella.

Irma se adelantó. Era bonita, rubia como Norina, pero rubia de aspecto enfermizo. Cecilia dijo:

—¿Quiere usted seguirnos, señor? Quizá es mejor que no nos vean juntos.

Las siguió. Iban andando lentamente. Soplaban un frío glacial; el sol se había ocultado. Durante los días de frío riguroso aquel barrio era muy triste. A los dos lados de las anchas calles, a lo largo de los muros grises interminables, no salían de los talleres sino ruidos metálicos y chorros de vapor, parecidos a estertores de esfuerzo y susurro frimiento. Allí en aquella soledad, en la esquina de dos calles, esperaban la madre y la hija, azotadas por el viento, tiritando ambas, la madre con una cofia negra, la hija envuelta la cabeza en un pañuelo rojo de lana. Cuando vió a Mateo

Norina se echó a llorar. Su fresco y lindo rostro, habitualmente alegre, parecía ajado por las lágrimas. Debía exagerar su situación para hacerse interesante.

—¡Ah, caballero!— exclamó lastimosamente la madre;— ¡cuán amable es usted en haber venido! No tenemos otra esperanza que usted.

Antes de explicarse se volvió hacia Cecilia e Irma que estaban al lado de Norina, anhelando curiosar, y las dijo:

—Tú te pondrás al final de esta calle y tú en la otra, y me avisaréis si viene alguien.

Pero las chicas no se movieron y escucharon cuanto se dijo, sin que la madre volviera a cuidarse de ellas.

—Ya sabe usted lo que nos sucede... ¡Como si ya no tuviésemos bastantes penas! No sé lo que va a ser de nosotros.

Se echó a llorar a su vez y Mateo, que no la había visto desde el año anterior, encontró muy envejecida a la pobre mujer, vencida por el trabajo, por los partos y las preñeces. Parecía complacerse en contar el cúmulo de desdichas que habían caído sobre su hogar.

—Nos tomaron a Víctor en la fundición cuando tenía dieciséis años y esto nos valió un poco; porque siempre es uno más que gana, y en una casa donde hay ocho bocas, todo se necesita. Pero ahora me quedan estas dos pequeñas, que aun no trabajan, y Alfredito, que siempre está enfermo. Irma no tiene tampoco salud, y a cada momento hay que ir a la farmacia. Eugenio, el mayor, ha muerto en las colonias. Le habían conecido en la fundición, ¿verdad? Pues el otro día nos trajeron un papel de gobierno diciendo que había muerto de disentería. ¡Haga usted hijos, para que se los maten, sin que sea posible besarlos antes de mo-

rir y no sabiendo siquiera dónde descansan sus cuerpos!

Un sollozo de Norina la trajo a la realidad.

—Sí, sí... ¡Haga usted chiquillos! Crea usted que es lo único que deseaba, acabar de una vez, no ser ya mujer, no tener más hijos. Ya he cumplido, me parece. Ahora, Moineaud, puede hacer lo que quiera sin temor ninguno.

El viento soplabá de tal modo y era tan frío, que Mateo quiso acabar de una vez.

—Las niñas se van a constipar. Vamos, ¿qué desea usted?

—¡Ay! Es por lo que le ha ocurrido a Norina. Me lo ha contado todo. Sólo yo la consuelo. ¿Qué sacaría de reñirla, de pegarla? El mal ya está hecho. ¿Qué va a hacer ahora que Moineaud la ha echado, amenazando matarla si la halla en casa? Moineaud no es malo; pero no puede tolerar esa vergüenza. Quiere mucho a los hijos. Los chicos, menos mal; se marchan a donde quieren; pero es horrible ver que las hijas se descarrían... Moineaud está furioso, y habla de romperlo todo.

Mateo asentía a lo dicho. Era la eterna historia de las familias obreras muy numerosas: el padre, bueno en el fondo, no cuidándose de los chicos, harto pesados; la madre, no pudiendo vigilar a todos; el mal ejemplo cundiendo; la cólera de los padres cuando descubren la falta; todo ello acabando en la dispersión de la familia, en la vida social malbaratada y perdida.

Cansada al ver que su madre alargaba las explicaciones, dijo Norina entre dos sollozos:

—Dí al señor que te lo he contado todo.

La Moineaud dijo al fin, bajando la voz:

—Sí; caballero; Norina me ha dicho que es usted el único que puede hacer algo en favor nuestro porque la ha visto una noche con el padre de su

hijo y usted sabrá que no miente... Ya comprenderá por qué no quiero decirlo a Moineaud. No le diremos jamás el nombre de él, y si por casualidad un día lo supiera, yo sería quien le aconsejara que lo olvidase; hace años y años que está en la fundición y sería una desdicha que saliera de ella. No queremos armar ruido. Ni mi hija, ni yo ganaríamos nada. Pero Norina no puede quedar en el arroyo. El padre de su hijo no tendrá el mal corazón de permitirlo. Le rogamos, pues, que le hable usted, que le pida socorro que de fijo no negaría a un perro vagabundo, en un tiempo como este.

Temblaba, en su humildad de desdichada, de atreverse a acusar a tan alto personaje, de quien dependía la suerte de todos los suyos. Cecilia e Irma escuchaban. Lo vió su madre y exclamó:

—¿Qué hacéis aquí? Os había dicho que os marcharais. Las niñas no escuchan, cuando hablan las personas mayores. ¡Ea! ¡Lejos de aquí!

Pero, ellas, a quienes aquellos secretos encantaban, no hicieron siquiera ademán de moverse, y la madre las olvidó de nuevo. Aunque conmovido, Mateo vacilaba. Preveía la contestación de Beauchéne. Buscó excusas para no mezclarse en el asunto.

—Se engaña usted acerca de mi influencia... Tengo fracasar.

Norina no le dejó acabar. Comprendió que tenía, que debía intervenir. No lloraba ya, y fué animándose poco a poco.

—Escuche usted, mamá no lo ha dicho todo... No soy yo quien le ha perseguido a ese señor; es él, el que no me ha dejado en paz hasta que ha hecho lo que quería. Y ahora me deja como si ni me conociera tan sólo. Sin embargo, si fuera

mala, podría fastidiarle... Soy una chica honrada y le juro a usted que antes que él...

Estuvo a punto de mentir asegurando que Beauchéne había sido su primer amante. Pero debió pensar que Mateo estaba enterado y no juzgó oportuno insistir, pues había ocultado a su madre su primera falta. Era la historia de siempre, de todas las obreras lindas, que se conservan puras por cálculo, sabiendo lo que valen. Ella era muy astuta. Pero luego, como las demás cayó un día en brazos de un hombre, al que después no volvió a ver siquiera. Para reparar aquella falta había aceptado a Beauchéne, al patrón millonario, pensando que podía hacer suerte, subir un escalón social. Pero Beauchéne era un egoísta acabado y no cuidaba sino del placer. Y salía engañada, despojada de la aventura; habiéndolo dado todo por su parte; su fresca juventud, su carne de leche, verdadera golosina, y no habiendo sacado en definitiva sino aquel hijo, el desenlace natural que sobrecoige a todas las mujeres como el estallido de un rayo.

—En fin,—exclamó,—supongo que no se atreverá a decir que el chico no es suyo. Sería un embustero. Que recuerde las fechas, y es más claro que el sol. Yo lo he calculado y se lo probaré cuando quiera... Crea usted que soy incapaz de mentir en asunto tan grave. Le juro que no me ha tocado nadie más que él y que es el padre de mi hijo, ¡tan cierto como mi madre está aquí y nos oye! ¿Lo oye usted? Lo juro... Y lo juraría en el cadalso. Dígale usted eso, caballero, dígale eso, y veremos si se atreve a dejarme en el arroyo.

El acento era tan sincero y profundo que Mateo quedó convencido. La madre lloraba. Las ni-

ñas lloraban también ensuciándose la cara con las lágrimas. Cedió.

—¡Bueno! No tengo inconveniente en probar... pero no les respondo de nada. Ya les diré lo que haya podido obtener.

Madre e hija le habían tomado las manos y querían besárselas. Se convino en que Norina iría a dormir en casa de una amiga, esperando la decisión de Beauchéne. En la calle desierta no se oía sino la trepidación de los talleres y el silbido del viento que azotaba a las cuatro miserables criaturas, que tiritaban de frío bajo sus vestidos de tela harto ligera. Se marcharon, con el rostro enrojecido, las manos mordidas por el viento, como arrebatadas por el invierno implacable. Mateo vió cómo desaparecían las tres muchachas desoladas alrededor de la madre que lloraba.

Cuando Mateo volvió a la fundición, temió no salir airoso de su empeño. ¿Cómo lo iba a tomar? ¿Qué le diría? Quiso la casualidad que al entrar en su despacho, hallara a Beauchéne que, queriendo consultarle un proyecto de máquinas, le aguardaba.

—¿Dónde estaba usted? Hace un cuarto de hora que le hago buscar por todas partes.

Mateo buscaba un pretexto para excusarse, cuando se le ocurrió que lo mejor era decir la verdad. La dijo. Explicó que las niñas le habían ido a buscar y la conversación que tuvo con Norina y con su madre.

—Le ruego que no me guarde rencor por intervenir en tal asunto. Las circunstancias me parecen bastante graves para que me decida a molestarle a usted. No le hubiera dicho nada si no me hubiera hecho usted ciertas confidencias.

Beauchéne atendía a las palabras de su primo con sorda cólera que llevó una ola de sangre a

su rostro. Se ahogaba, apretaba los puños, como si fuese a romperlo todo. Luego afectó una hilaridad irresistible, una alegría despreciativa, que se veía era fingida.

—Pero, amigo mío, ¿no comprende usted que esto es un chantaje? ¿Por qué se ha mezclado usted en ello? Le creía menos cándido... Le hacen representar un papel... ¿De modo que la mamá y las pequeñas lo saben todo? Vamos, es completo... No falta nada. ¿Y le han encargado del ultimátum? Precisa que reconozca al hijo y si no me fastidiarán de mala manera... ¡Vaya, vaya, tiene gracia, mucha gracia!

Paseaba por el cuarto, jurando, gritando, indignado de que le ocurriera tamaño accidente a él, que se creía tan listo. Se detuvo.

—¡Vaya, es una necedad! Usted que no es torpe, ¿aceptaría ese hijo? ¡Una chica que ha dormido, el año pasado, con el mozo del tabernero! ¡Y que, después que la he dejado, debe correr con quien quiera! No he tenido que esforzarme en poseerla. Con quererlo me ha bastado.

Mateo quería interrumpirle para protestar; pero decirle que la infeliz no mentía. No le dejó.

—No, cálese usted; escúcheme. Estoy seguro de haber tomado mis precauciones. Sería bobo tomándolas con mi mujer y no con una querida que le puede comprometer a uno.

Sin embargo, no debía tener una seguridad grande en lo que afirmaba, cuando, sin que Mateo le replicara, fué recordando fechas, equivocándose, embarullándose y acabó finalmente por reconocer, al ver que su primo le miraba con atención y advertía sus equivocaciones, que quizá alguna vez habíase olvidado. Estaba seguro de la primera noche; pero no así de las demás.

De repente asomaron de nuevo las orejas de

patrón, del burgués vanidoso, seguro de su omnipotencia.

—Enredarse con una obrera es una estupidez; pero, menos mal, al fin y al cabo. ¡Tener un hijo de ella! No, no puede ser; todo el mundo se burlaría de mí; es imposible!

Ya no negaba como al principio. Inquieto y al ver que Mateo callaba, esperando que se calmara para hablar en favor de Norina, no sabía qué hacer ni qué decir.

—Admitamos por un momento que me olvidé, que ese hijo es mío; no sabe uno nunca lo que sucede después de una buena comida... Pero ¿basta eso para que esa muchacha se empeñe en que cargue con el chiquillo? ¡Un chiquillo! Esos son gajes del oficio. ¿Se oyó, por acaso, si en aquella época se desnudaba para otros? ¡Ni ella misma debe saber de quién es ese regalo! Pero como sabe que yo soy rico, inventa mi paternidad. Le digo a usted que eso es chantaje, chantaje puro!

Durante unos minutos reinó silencio. Mateo andaba a su vez, por el despacho; Beauchéne se había sentado. El murmullo sordo del trabajo, la trepidación de las máquinas sacudían el suelo. Entonces Mateo detalló cuanto le habían dicho las mujeres, la convicción que tenía de que no mentaban, hizo resaltar lo indigno que sería abandonar del todo a la pobre joven.

—Finge usted ser peor de lo que es,—añadió.— Estoy seguro de que va usted a sentir compasión y a socorrer a esa desdichada.

—Pero, si hago eso, si la socorro,—exclamó Beauchéne,—entonces irá contándolo a todo bicho viviente y un día me cuelga el crío.

De nuevo quedaron silenciosos. Se oyó distintamente el silbido de un chorro de vapor en el patio. Al cabo, añadió Beauchéne:

—¿Ha amenazado con armar escándalo? Temí que no fuera a ver a mi mujer, lo cual me fastidiaría.

Mateo sonrió, comprendiendo que había ganado el pleito.

—No sé; no sabe nunca uno lo que puede temer cuando rechaza a las gentes, cuando las empuja a las peores condiciones... Pero no me ha dicho lo que quería siquiera. Únicamente me ha dicho que no podía permanecer en el arroyo, ya que su padre la ha echado. Si quiere usted saber mi parecer, le diré que creo lo más oportuno enviarla a casa de una comadrona. Puesto que está ya de seis meses, eso sería cuestión de unos quinientos francos.

Beauchéne se levantó bruscamente. Fué hacia la ventana y al volver dijo:

—Bueno. No tengo mal corazón, como sabe usted y por quinientos francos más o menos no me arruinaré. Si me he incomodado es porque solamente con pensar que me van a robar, me indigno... Pero, ya que se trata de una obra de caridad, no tengo inconveniente. Busque usted mismo la comadrona, que vaya allí, que se arreglen; yo pagaré. Pero, con la condición de que no tendré nada que ver con el chiquillo.

Respiró fuertemente, aliviado de una pena que no se atrevía a confesar. Fué el Beauchéne de siempre. Hasta bromeó; en verdad que guardaba buenos recuerdos de Norina; unas carnes blancas como la nieve, una piel fina como el raso; nunca había tocado otra igual. Luego, para demostrar su completa despreocupación, habló de la máquina que le había llevado al despacho de Mateo y demostró que para defender sus intereses de patrón tenía una inteligencia muy viva y una acomoda-

tividad muy grande. Había salido ya, cuando asomó de nuevo la cabeza para decir:

—La condición es formal... No quiero saber siquiera si nace o no el chiquillo. Que se arreglen con él; pero que no me lo nombren jamás.

Aquella misma noche hubo una alarma terrible en casa de los Beauchéne. Mauricio quedó desmayado en el momento de sentarse a la mesa. El desmayo duró más de un cuarto de hora y los padres se acusaron mutuamente de haberle obligado a salir por la mañana con tan pésimo tiempo.

Constancia, sobre todo, se creyó que su hijo se moría en sus brazos. Por vez primera sintió un estremecimiento de terror y se dijo que el niño podía morir. Como madre, lloró y como mujer ambiciosa que soñaba para su hijo único la dominación sobre todos los hombres, sufrió horriblemente. ¿Si le perdía no tendría ya más hijos? ¿Por qué obstinarse en no tenerlos? Aquel pensamiento la fulguró como un rayo, penetrando hasta sus entrañas. Sin embargo, Mauricio volvió en sí y comió con apetito. Beauchéne, en seguida se tranquilizó y encogiéndose de hombros, habló de las tonterías y temores de las mujeres. Durante los días que siguieron, ni la misma Constancia recordó el caso.

IV

Al día siguiente, cuando Mateo se ocupó en cumplir el delicado encargo que se le hiciera, recordó los dos nombres que había pronunciado Celeste, la camarera de los Seguín, el día que comió en casa de éstos. Desechó a la Rouche por lo que la misma